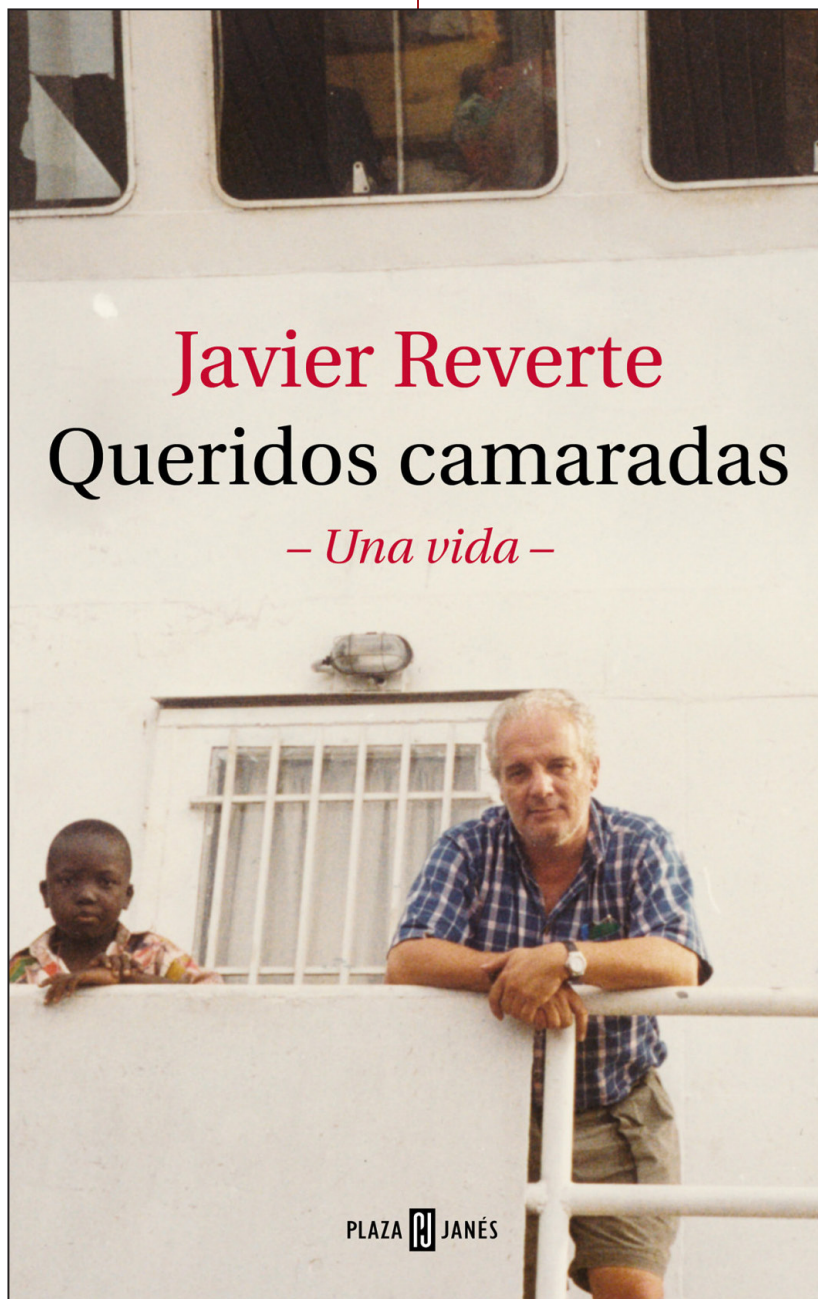




Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

Cuando se cumple un año del fallecimiento de uno de los escritores españoles más queridos y admirados, no hay mejor forma de recordarle que recurriendo a sus propias palabras. *Queridos camaradas* es a un tiempo un libro de memorias lleno de sagacidad y calidez, un testimonio de los profundos cambios históricos políticos, sociales y culturales que ha atravesado España desde los años 40 hasta el presente, una declaración de amor al periodismo, la escritura y los viajes, y un ajuste de cuentas, siempre elegante y socarrón, con individuos carentes de estatura moral.

Tan sólo unos días antes de poner rumbo a su última travesía el 31 de octubre de 2020, Javier Reverte entregaba a sus editores estas páginas en las que había trabajado los últimos quince años, reuniendo en ellas recuerdos y reflexio-

nes sobre sus grandes pasiones, resumibles en expresar al máximo la existencia acumulando kilómetros en las suelas y escribiendo sin descanso para explicar el mundo y entenderse mejor a sí mismo. Estamos ante una memoria feliz y luminosa que arranca en la infancia, «verdadera patria del hombre» en palabras de su idolatrado Rilke; recorre sus años de juventud, en los que nació su compromiso con la política y el periodismo; su etapa como corresponsal, en la que cubrió conflictos como el irlandés o la guerra de Bosnia y su descubrimiento de África, el continente que le abrió para siempre el camino de la literatura y la aventura.

Una suerte de carta de despedida emocionante y lúcida, crítica y jocosa que nos acerca al Reverte más íntimo y nos invita a pensar en las cosas verdaderamente importantes de la vida.

CLAVES

Escrito a lo largo de un amplio periodo de tiempo —entre 2005 y 2020—, ajeno pues a las prisas y a la inmediatez, impelido por la necesidad de echar la vista atrás con serenidad y profundidad, *Queridos camaradas* consta de cuatro bloques —Infancia, Adolescencia, Juventud, Madurez y Vejez—, pero lo que lo hace tan especial es que su autor conserva en todo momento la mirada de asombro, la ternura y la inocencia del niño. Preservando los valores puros de la infancia, aquellos condenados a diluirse en la acritud y el descreimiento que trae el paso de los años, Reverte mantiene una larga conversación consigo mismo en las que su yo anciano revisa su vida con la frescura, los intereses y los códigos del chaval que un día fue. A diferencia de tantos otros textos memorialísticos que recapitulan desde la mirada adulta o incluso senil, el escritor lo aborda a la inversa: es el niño quien examina las acciones y elecciones del adulto. Si la vida no es ilusión, ganas de aventura, sed de conocimiento, fidelidad a los amigos, lealtad a unos principios, risas..., todos esos vectores que nos impulsan en nuestros primeros pasos por este mundo, ¿qué sentido tiene nada?

Con su estilo tan meticuloso como cercano, su alergia a cualquier muestra de solemnidad y esa ironía tan sutil que lo caracterizaba, el autor de *El sueño de África* consigue que su apasionante biografía trascienda lo meramente personal para radiografiar a todo un país, desde la posguerra hasta la pandemia, con frecuencia rescatando del olvido a figuras claves de nuestra historia política, social y cultural, otras desvelando facetas nada complacientes de grandes nombres («Es probable que esta suerte de autobiografía se publique cuando yo ya haya dejado este mundo. Pero no he querido aprovechar la ocasión para hacer daño a quien no lo merezca sobradamente»).

Al cerrar el libro, los que tuvieron la fortuna de conocerlo y los miles de lectores que disfrutaron de su obra habrán tenido la sensación de contar con una última, gozosa e inmejorable oportunidad de (re)confirmar que Javier Reverte fue un tipo extraordinario, capaz de vivir conforme a lo que imaginó de niño y que, incluso en los peores momentos de su vida personal y profesional, se negó a bajar la cabeza y encontró el modo de seguir fiel a sus ideas, de luchar por lo que creía justo, de perseguir sus sueños y de comerse la vida a bocados.

GRANDES TEMAS

MAGIA EN LA ESPAÑA TRISTE

La infancia y la adolescencia del escritor transcurren en los deprimentes años de la posguerra y del afianzamiento de la dictadura franquista pero, en medio de la miseria y la grisura generalizadas, también son tiempos de descubrimientos infinitos, de las primeras amistades, de los veranos eternos, de jugar en la calle, del interés por el otro sexo... Una etapa llena de obstáculos —cambios de colegio frecuentes, aversión a la religión por los curas dados a castigos físicos, rechazo a cualquier forma de disciplina...— pero a un tiempo mágica que moldea a la persona en los valores e intereses que lo acompañarán a lo largo de toda su existencia.

«Mi infancia fue una guerra vivida de rebote, pero guerra al fin y al cabo. Y en ese sentido, suelo decir que soy un excombatiente.»

«Perteneíamos a una clase media arruinada, en un país en el que casi todo el mundo era pobre, a excepción de algunos profesionales con suerte, los altos cargos franquistas y, naturalmente, los

ricos. Pero la población, en su mayoría, vivía mucho más miserablemente que nosotros.»

«Pero Valsaín tan sólo duró dos veranos, que quedaron en mi memoria clavados hondamente, como la imagen de un paraíso perdido. Allí había conocido el significado de la palabra “libertad”: caminar a solas junto a una corriente de aguas claras, rodeado de árboles, entre animales silvestres, escuchando el murmullo del agua y el canto del ruiseñor o del jilguero, arrullado por el rumor del viento al vagar entre los árboles, respirando el perfume de los pinos y, de cuando en cuando, el de la tierra mojada que precedía a una tormenta de estío, quizá el mejor de todos los aromas que conozco. Y, sobre todo, sin nadie cerca que me dijera lo que tenía que hacer.»

PERIODISMO

Junto con la escritura y los viajes, no cabe duda de que el periodismo fue el tercer gran amor de Javier Reverte. Per-

teneciente a una saga de periodistas, él mismo tuvo una dilatada y riquísima trayectoria en diversos medios —ejerció nada menos que de redactor, columnista, editorialista, cronista, entrevistador, reportero, corresponsal en el extranjero, enviado especial, redactor-jefe de mesa y subdirector—, una faceta que quedó algo eclipsada, en las últimas décadas, por su enorme éxito como escritor. Más allá de su sobrada valía para la profesión, formó parte de una generación que se enfrentó a retos y cambios mayúsculos al vivir la Transición: de la censura franquista a la libertad de prensa, la eclosión de un nuevo paradigma informativo, el nacimiento de un nuevo *establishment* periodístico y el contacto personal con los grandes personajes y acontecimientos de su época (Suárez, Carrillo, Juan Carlos I...).

«El periodismo al que yo asomaba venía precedido de una extensa fama de truhanería. Las redacciones rebosaban de bribones que servían con sus crónicas a ministros, financieros, toreros, pintores y actores. Muchos tenían tres o cuatro empleos para poder ganarse la vida, pues un solo salario no daba para casi nada. Era, en suma, un oficio que, en el mejor de los casos, se consideraba socialmente como empleo de pícaros y ganapanes.»

«En el periodismo español siempre ha florecido la opinión en perjuicio del reportero o la información. Tan sólo durante los días de la democracia inaugurada en 1977, los reporteros tuvieron un papel predominante sobre los analistas. Pasó pronto. En su monumental

El cuaderno gris, Josep Pla ya decía con razón: “Describir es muchísimo más difícil que opinar. En vista de lo cual, [en España] todo el mundo opina” (...) La cuestión es que el reportero nunca ha sido valorado en España en su justa medida, siendo como es la madre del oficio. ¿Qué es la información sino ir a un sitio, ver, preguntar, oír, olfatear y contar? En suma, un difícil empleo si se ejerce honestamente. En cambio, el análisis, al menos en España, descansa a menudo sobre el adjetivo. Y los adjetivos son peligrosos si no se emplean con exactitud extrema, porque pasan de moda. ¡Cuán complicado es escribir con claridad! Decía Walter Benjamin: “¡Qué difícil puede resultar encontrar palabras para lo que tienes delante de los ojos!”.»

POLÍTICA

Impulsado por sus firmes convicciones izquierdistas, Reverte se afilió al Partido Comunista a mediados de los 70, «aunque si lo pienso bien ahora, yo me sentía más socialdemócrata que otra cosa; pero el PCE tenía mucho de aventura, de romanticismo». Con todo, la política fue siempre una fuente de frustración y desengaño, que tuvo su colofón en un tan breve como amargo paso por el PAD (Partido de Acción Democrática) que presidió Fernández Ordóñez. No era el lugar idóneo desde el que cambiar el mundo ni para alguien que se identificaba con el personaje cinematográfico del indio loco y solitario de las praderas.

«Vuelvo a la política. Me costó darme cuenta, con los acontecimientos posteriores que me llevaron a alejarme de ella, que yo no servía para el oficio. Y no porque fuera más ético o noble que los políticos —no creo ser tan pretencioso—, sino porque era diferente. La razón principal que mueve a todo hombre público es el poder. Les fascina, les atrae como un imán, su vida se basa en conseguirlo y conservarlo. Por eso, casi todos tienen algo de ludópatas vitales, y resulta curioso que, al tiempo, muchos de ellos sean temerosos e inseguros.»

VIAJES, LITERATURA Y MADUREZ

En el último bloque del libro encontramos a un Javier Reverte que, tras las inevitables decepciones personales y profesionales, se aparta de aquellos círculos y ambientes que le han hecho sentir que perdía el tiempo para arrojarse por completo en brazos de sus mayores fuentes de placer y felicidad, léase los viajes y la escritura. Las dudas de si proseguir con su carrera literaria al sentir que no puede conectar con el gran público y desagradarle las capillitas que vertebran el ecosistema literario español, quedan disipadas con *El sueño de África* —que a día de hoy acumula más de un cuarto de millón de ejemplares vendidos pese a que sufrió el rechazo inicial de hasta seis editoriales—, título que supone un gran éxito de ventas y crítica, marcando el despegue definitivo de su trayectoria.

En paralelo, continúa viajando sin descanso —y reflejándolo *a posteriori* sobre el papel— bajo el influjo del mandato de Charles Baudelaire, «Vámonos a alguna parte, con tal de que sea lejos de aquí», lo que le permite mantenerse en renovación perpetua: «una de las emociones más intensas y gratificantes que he experimentado en mi existencia es sentirme extranjero».

«Y así desembocamos en una vejez inquieta y sabia (aunque él, en su humildad, no habría aceptado este último término), hambrienta de vivencias hasta el último suspiro y capaz de dejarnos consejos impagables.»

«Olvidada la política y apartado del periodismo, volví de nuevo los ojos a la literatura. Fue una aventura difícil la que emprendí entonces. El mundillo literario, tal y como se manifiesta en España, no me gustaba nada. Yo he entendido siempre la escritura como un universo de pasiones, de aventura vital, de riesgo y desafío entre la locura y la razón. Y lo que me encontraba era, por lo general, una sociedad satisfecha de sí misma en la que primaban la fama, el dinero, la corrección política y los intereses de las capillitas. Publicar era muy difícil si no formabas parte de un grupo de carácter algo mafioso, y conseguir lectores, como siempre ha sucedido, no resultaba nada sencillo.»

«Mi camino vital se abrió como una aventura sin fin desde que pasé los cincuenta años de edad: vivía literariamente, al fin había conseguido cumplir un

sueño cuya sustancia ignoraba en gran medida. Ahora me pregunto: ¿hay otra manera mejor de ocupar el tiempo?

Volvía a mirarlo todo con los ojos del niño y sentía que llenaba la vida con “el sentido infantil del juego”, como pedía John Dos Passos. Percibía que mi existencia estaba siendo trazada por lo que anhelé cuando era un crío que soñaba con aventuras, al tiempo que alentaba la conciencia de que, si me inclinaba hacia otra manera de ser, en la vejez lo lamentaría. Quería que el pequeño Javier se sintiera orgulloso del anciano Reverte.

Ése era mi éxito, por encima de si vendían muchos o pocos libros, si ga-

naba dinero o conseguía una relevancia social, y si me aplaudían o me silbaban los integrantes del mundillo literario: vivía jugando, o jugaba viviendo, algo que nadie me podía arrebatarse.

En cierto modo, sin conocer la reflexión del novelista del Mississippi, me atenía a aquella norma de Twain: “Dentro de veinte años estarás más decepcionado de las cosas que no hiciste que de las que hiciste. Así que desata las amarras y aléjate de los puertos conocidos. Aprovecha los vientos alisios en tus velas. Explora, sueña, descubre.

No existe otra manera mejor para encontrarse que perderse”.»

AUTORRETRATO EN DOCE MÁXIMAS

«Yo soy, en una parte de mí, hijo de los mitos griegos y del wéstern, que no es más que la forma de expresión de la última de las grandes mitologías.»

«De modo que tengo ancestros castellanos, levantinos, bretones y genoveses, además de algunas gotas de sangre andaluza y riojana. Soy, pues, un “mil leches” madrileño; en suma, una especie de perro callejero. Eso significa que poseo sobradas razones para sentirme indiferente ante el nacionalismo.»

«Hace poco, en una entrevista de esas que están de moda, con cuestiones a quemarropa que debes contestar a bocajarro, me preguntaron qué era yo antes de viajar. Y de inmediato respondí: “Un idiota”.»

«El periodismo me interesaba muy poco. Yo lo que quería era cambiar el mundo..., aunque el mundo no quisiera que lo cambiaran. Y así me fue.»

«Sé bien que someterse a la pasión suele ser una equivocación que, a menudo, te lleva al desastre. Pero negarse a ella es un error irremediable, porque envilece el alma.»

«Siempre me ha caído bien la gente algo disparatada y, desde luego, la que se sale de lo común. Y siempre he admirado a los inteligentes que no eran soberbios ni petulantes, pues estos últimos desperdician su talento.»

«Comparto la definición que sobre la Iglesia hizo Stanislaus Joyce, el hermano del autor del *Ulises*, James Joyce: “Una confederación de solteros libidinosos”.»

«Quienes afirman que Messi es el mejor jugador de la historia es que no vieron a Di Stéfano.»

«(La *Odisea* ha sido) casi una guía intelectual en mi vida.»

«Yo no era ni soy monárquico. Si no creo en Dios, ¿cómo ser vasallo de un monarca? Pero de haberlo sido, conocer de cerca a Juan Carlos I me hubiera quitado la fe en la institución para siempre.»

«Cuanto más se acerca mi fin, más amo la vida.»

«Así transcurre la existencia de los humanos: desde la nada emprendemos un viaje muy corto hacia el desierto. Nuestros sueños se esfuman, el orgullo se rinde, echas la soberbia en el arcón de los trastos viejos, te acomete un deseo vago de olvidarte de todo y, aun así, amas la vida con locura. No ves a los amigos por falta de ganas tuyas y de ellos, pero los añoras. Sobre todo, percibes que no has sido alguien importante porque nadie lo es. Todo lo que te resta, quizá, es una leve nostalgia de la infancia, cuando la muerte no existía o no era más que cosa de los viejos.

El olvido se arroja sobre nosotros.

Y no obstante...»

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. *Queridos camaradas* aglutina diversos géneros literarios. ¿Cuáles diríais que son más relevantes y de qué modo están equilibrados?
2. El libro fue escrito a lo largo de quince años, sin premuras ni presiones. ¿En qué aspectos diríais que se detecta esta lenta cocción?
3. Reverte hace una oda a la infancia como lugar de posibilidades, alegría, ilusión y descubrimiento. ¿Con qué otros autores lo emparenta este acercamiento?
4. ¿Qué vínculos entre la mirada del niño y la mirada del viajero contribuirían a explicar la pasión del autor por los viajes?
5. ¿De qué modos creéis que la humildad y alergia a la solemnidad del escritor se reflejan en su estilo literario?
6. ¿Cómo diríais que ha evolucionado el periodismo desde los años de la Transición retratados en el libro y el presente, y qué aspectos de esta deriva explicarían el desencanto del autor con la profesión?
7. Reverte acude a una figura del wéstern para justificar su incompatibilidad con la política. ¿Qué nos dice sobre su carácter y sobre las dinámicas del poder esta metáfora?
8. ¿Cuáles son las mayores miserias de los círculos literarios españoles a ojos del autor?

9. ¿Qué nos dice el éxito tardío del escritor sobre cualquier trayectoria literaria?
10. Comentad el significado de esta cita del libro: «Quería que el pequeño Javier se sintiera orgulloso del anciano Reverte».
11. Valorad las implicaciones de esta frase: «Prefiero un toro bravo que intenta morir matando que una pantera encadenada a la que contemplan los niños».
12. En términos generales, ¿qué idea diríais que da de España el autor?
13. Una idea recurrente en la obra es la necesidad de preservar la mirada infantil sobre nosotros y nuestro entorno. Señalad ejemplos de cómo se traduce esto en el modo en que el autor explica episodios de su vida.
14. Javier Reverte se muestra crítico con algunos individuos con los que se cruzó a lo largo de la vida. ¿Qué elementos diríais que tienen en común estos individuos y cómo definiríais el tono que adopta a la hora de reprocharles sus faltas?
15. ¿Por qué creéis que el autor se decantó por el título de *Queridos camaradas*?
16. ¿Cuáles son las principales «lecciones de vida» que quiso transmitirnos el escritor con este libro?

EL AUTOR



© Asis Ayerbe

Autor de una extensa obra, **JAVIER REVERTE** (Madrid, 1944-2020) cultivó la poesía, la biografía, la novela y, en especial, la literatura de viajes, de la que sin duda fue el autor más destacado de las letras españolas. Entre sus obras de este último género, hay que resaltar las que tratan de sus periplos africanos, que comenzaron con *El sueño de África* (1996), un texto que no ha cesado de reeditarse desde entonces y que ha vendido más de un cuarto de millón de ejemplares. Otras narraciones viajeras incluyen sus navegaciones

por tierras y mares polares, por ríos como el Amazonas y el Yukón, por países como Irlanda, China, Argelia y Grecia, así como diarios de sus largas estancias en Roma y Nueva York. En su narrativa, destaca la Trilogía Trágica de España (*Banderas en la niebla*, *El tiempo de los héroes* y *Venga a nosotros tu reino*), novelas centradas en la guerra civil y en los primeros años del franquismo. Su último poemario lleva por título *Hablo de amor entre fantasmas* mientras que *Hombre al agua* es su novela póstuma.

LA CRÍTICA HA DICHO

«Fue nuestro hombre en África, el que nos llevó a muchos por primera vez al continente negro de la mano de los grandes clásicos, y nunca se lo agradeceremos bastante. [...] Fundía como nadie viaje e historia, la experiencia personal y la de los grandes exploradores y escritores.»
Jacinto Antón, *El País*

«Me maravilla ver lo sencillo que es Javier, la forma en que cubre con una pátina de normalidad las historias hondísimas que cuenta. El modo en que destila lo interesante, lo curioso, lo inspirador que pueda haber en una vivencia y lo traslada a su charla o a sus libros. Esto es lo que ha generado que miles de lectores sean fieles a este curtido viajero que se considera más lector que escritor y que habla de la literatura como un hecho íntimo.»
Asís G. Ayerbe, *Librújula*

«Javier Reverte es un hombre afortunado, y su vida de viajes y letras es envidiable. Felizmente, sus libros nos permiten compartir, por medio de la evocación, parte de su fortuna.»
El Mundo

«Infatigable viajero, sagaz cronista y embajador por derecho del apasionamiento literario.»
La Razón

«Instauró en España la literatura de viajes como género habitual de un profesional del periodismo con un dominio impecable del lenguaje y con el rigor de una formación humanista severa.»
Joaquín Bardavío, *ABC*

«Javier Reverte es sinónimo de viaje. Del tipo de viaje concebido como un producto de artesanía emocional, donde cada detalle adquiere una dimensión íntima y el tiempo se dilata casi hasta detenerse, deslumbrando al viajero con el espejismo de esa inmortalidad perdida de la niñez.»
Samuel A. Pilar, RTVE

«Reverte hace a los lectores caminar a su lado con naturalidad, ternura, curiosidad, perspicacia, humor, pasión y una honda comprensión de lo humano.»
Leer

